

El siglo XXI, ¿edad de oro para las regiones?

Jorge R. Serrano Moreno*

"En el siglo venidero ya no habrá economías nacionales, al menos tal como concebimos hoy la idea. Lo único que persistirá dentro de las fronteras nacionales será la población que compone un país... Después de todo somos ciudadanos, además de participar en la economía; podemos trabajar en los mercados, pero vivimos en sociedades".

Robert Reich

Planteamiento: la cuestión regional hoy

Varios de los acontecimientos de los últimos años, tanto en México como en otras partes del mundo, han vuelto a traer al centro de la mesa la cuestión regional. Cabe observar para empezar que no lo hacen simplemente desde una perspectiva económica, sino que involucran también con frecuencia prioridades de otros órdenes, como pueden ser las étnicas, políticas, culturales o de justicia social.

En México, durante los últimos años, asuntos de carácter político —como elecciones en San Luis Potosí, Chihuahua, Michoacán, Guanajuato, Tabasco, Yucatán o Baja California—, no menos que asuntos principalmente económicos —la frontera norte, el área regiomontana o las zonas indígenas deprimidas—, o hechos de carácter más globalizador como el levantamiento en armas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, la descentralización hacia las entidades federativas de la gestión educativa en la Secretaría de Educación Pública, o incluso el reciente asesinato de José Francisco Ruiz Massieu, Secretario General del Partido Revolucionario Institucional, que ha revelado un trasfondo de clara presencia de fuerzas con identidad regionalmente localizada (tamaulipeca), hacen ver que la

* Investigador del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM), UNAM. Vocal de la Asociación Mexicana de Ciencias para el Desarrollo Regional (Amecider, A. C.).

cuestión regional está irrumpiendo con vigor irresistible en los escenarios de primera importancia del país.

Si otro común denominador no hubiera entre esos hechos, es innegable que confluyen hacia este punto: involucran cuestiones regionales que desde su ubicación particular rebasan los ámbitos locales y se convierten en asuntos de importancia para el país.

Pero además, esto que sucede en México no le es en modo alguno exclusivo. Desde la desintegración de la Unión Soviética, que en su proceso manifestó la activación de poderosas fuerzas regionales de marcado cariz étnico, pasando por los fenómenos de la multipolaridad macrorregional (Comunidad Económica Europea-oriente asiático-países de la región norteamericana) que emergió al finalizar la guerra fría, hasta las violentas pugnas en que se han debatido o continúan haciéndolo vastas zonas del Este europeo como sucedió en Checo/eslovaquia y Yugo/eslavia, no menos que en el Medio Oriente, todos muestran la urgencia con que la cuestión regional reaparece de nuevo en el mundo como un asunto importante que reclama soluciones actualizadas.

Y es que se trata nada menos que de uno de los problemas mayores que la aparición del capitalismo en el mundo incubó —sin nunca resolver. La dinámica que el mismo engendró, de gigantesca concentración de la riqueza y poder político —dinámica que, arrasadora, pasó por los fenómenos del colonialismo en continentes enteros y de la primera industrialización tecnológica hasta desembocar en la explosión de dos guerras mundiales y la subsecuente guerra fría, y que fue acompañada a su vez por el neocolonialismo del presente siglo, por la subordinación a sus fines de progreso científico-tecnológico y por la presente ola de neoliberalismo—, ha venido, por medio de esos fenómenos, sofocando implacablemente las necesidades y legítimas aspiraciones del ser humano en su relación fundamental con los espacios primarios de su vida entera —no sólo de la económica— y ellos son precisamente los espacios locales, comunitarios y regionales de su cotidianidad.

En México esa tendencia totalizante ha llegado a un grado tal de centralización de poder y fuerzas económicas que ha procreado un centralismo asfixiante que está exponiéndose a perder aun su propia capacidad de seguir dando pasos por ese camino. Hoy en día, en vez de aprovechar todo lo positivo de las regiones del país, nuestro centralismo se ve obligado a estarlas reprimiendo para poder controlarlas; esto hace pasar desapercibido un hecho fundamental: por la

obsesión en el centralismo a ultranza, éste corre el riesgo de “matar a su gallina de los huevos de oro” que son las regiones. Así, la cuestión regional en nuestro país aparece ya como un asunto *prioritario* y aún “pendiente” en la agenda de la acción pública; dicho en forma más cruda, es una cuestión que se está convirtiendo en ‘bomba de tiempo’, la cual ha empezado a manifestar su ebullición en la radicalidad de sus implicaciones, como ocurrió desde el primero de enero en Chiapas, o lo hace repetidos días del año en que marchas originadas en las más variadas regiones irrumpen en la sede del centralismo que es la ciudad de México.

Todo lo antes mencionado, que tiene alcances nacionales no menos que mundiales, puede hacer pensar a más de alguno que el paso de este siglo al próximo que ya está en puerta, tendrá que signar de una u otra manera la ‘edad de oro’ para el renacimiento de las regiones. Volveremos sobre esto más adelante.

Sin embargo, de lo que en este escrito se trata no es simplemente de postular una gran renovación de la cuestión regional, lo que nos importa ante todo es argüir que esa cuestión reactualiza poderosamente su vigencia *pero* de una manera *diferente*. Esto es así precisamente porque hoy la cuestión regional resurge con connotaciones cargadas de novedad. En cierta forma se puede decir que la noción misma de región adquiere características que anteriormente no tenía y son éstas las que conviene ahora hacer resaltar.

Caracterización: nuevos rasgos

Un primer conjunto de características se originan en el fenómeno mundial de la globalización, otro segundo conjunto viene dado por el grado relativo de cercanía o alejamiento con que una determinada región sea impactada en un momento dado por ese fenómeno. Tras este fenómeno de la globalización existen realidades políticas, económicas, culturales y tecnológicas que la impulsan, y todas ellas inciden en el nuevo perfil que va configurando a las regiones en el mundo.

Antes de seguir adelante conviene tener presente que en esta discusión es importante mantener en mente también la caracterización que distingue entre *macrorregiones* —conjuntos de países que además de proximidades geográficas reflejan uno o más elementos sociales significativos de aglutinación; así, se habla por ejemplo de la región sudamericana, la caribeña, la del sudeste asiático, la andina,

etc.—; *microrregiones* —regiones que son más pequeñas que la escala nacional pero que comparten en común denominador una o más funciones objetivas vinculadas a su territorialidad y que las hace actuar como unidades operativas de pequeña escala en su interacción con el resto de la comunidad social (operatividad que les puede venir dada, por ejemplo, por la clase y el tipo de producción que generan o por un cierto grado de unidad y autonomía en su funcionamiento social)—, de las que pueden ser ejemplo, entre muchas otras en México, la región hortícola del noroeste (Sinaloa y Sonora) o la más pequeña zona industrial de Querétaro que se constituye por sólo cinco municipios del sur del estado. Por último, *mesorregiones* que son niveles intermedios entre macro y microrregiones y que para ciertos fines proceden o se distinguen como unidades sociales con configuración propia, por ejemplo la faja de la frontera norte, el sureste de México o el sur de la India.

Conviene asimismo hacer notar aquí que, por un lado, las regiones nunca son estáticas ni invariablemente fijas en su territorialidad y en su perfil —no se trata de regiones simplemente naturales sino sociales, o sea, socialmente determinadas en su territorialidad—, y por otro, que las diferencias estructurales y de funciones entre macro, micro y mesorregiones son de la máxima importancia y no se deben ignorar al hacer análisis entre ellas. En el presente trabajo debemos tenerlas presentes pero no entraremos explícitamente a discutir-las dado que para la línea argumentativa que aquí seguimos no es necesario; aquí enfatizaremos principalmente el rol de las microrregiones y tomaremos las macro y mesorregiones como marco de referencia en que ubicamos la discusión centrada en aquéllas. Las características que aquí consideraremos serán válidas sin embargo para los tres tipos de regiones —desde luego *mutatis mutandis*.

Regresemos a nuestro punto. Lo económico y político de la globalización, no menos que lo tecnológico y lo cultural, afecta hoy a los tres tipos de regiones; y su impacto mayor o menor, tanto directo como indirecto, es lo primero que introduce en la fisonomía de las regiones elementos nuevos que es necesario tener en cuenta para comprender su realidad.

Si, para simplificar, atendemos por un momento a la definición común de *región* como “porción territorial que se distingue por determinada o determinadas funciones que le son características a esa porción territorial”, resultará que lo nuevo de la idea de región hoy serán las funciones *nuevas* —y su repercusión en la redefinición, a

veces aun estructural, del ámbito territorial— que el fenómeno de la globalización está introduciendo en las porciones regionales en que se divida un país o continente.

Cabe entonces llamar la atención sobre el hecho de que la globalización económica, a la par que la política multipolar (a veces unipolar) que se está viviendo ahora, propician con fuerza una *dinamización productiva* —organizada frecuentemente a escalas cuidadosamente serializadas entre múltiples microrregiones de uno o varios países, en la línea de lo que algunos han llamado el *modelo neotayloriano*—, lo cual a la vez que genera cambios rápidos en las microrregiones que forman parte de esa cadena serial, favorece también el estancamiento y marginación —en ocasiones repentina— de otras microrregiones que pueden estar al lado de las anteriores. Nueva es también la celeridad y elevada escala en que esto se da, así como la rapidez con la que sus efectos, tanto positivos como negativos, emergen para ocupar un lugar preponderante en factores torales de la vida de dichas regiones.

Un segundo efecto nuevo es la fuerte dicotomía que signa el interior de dichas regiones entre los núcleos, puntos geográficos y grupos de la región que reciben el efecto directo de esa dinamización, y los demás grupos y puntos geográficos de la misma región a donde ese efecto dinamizador no llegó. Tercero, en estos casos lo que suele suceder no es simplemente que no reciban impulso de dinamización sino que les sobrevienen de inmediato, además, verdaderos efectos negativos que inciden en la dinámica propia que aquéllos traían antes de que hiciera su presencia en la región el fenómeno de la globalización. Cuarto, quizá lo más trágico de esta situación es que los “privilegiados” que reciben el impacto dinamizador son realmente pocos en cada microrregión así como también son pocas las microrregiones que lo reciben en el conjunto del país; de manera que mientras unos pocos son favorecidos un número abrumadoramente mayor resulta afectado negativamente.

Para visualizar esto de alguna manera concreta cabe pensar por ejemplo en la introducción casi instantánea de sistemas tecnológicos completos en ciertas líneas productivas, que son de lo más avanzado y complejo a nivel mundial, pero que no raramente se alimentan de algún insumo propio de la microrregión, ya que frecuentemente sucede que están allí porque se quiere aprovechar dicho insumo, mientras que al mismo tiempo sucede que por el aprovechamiento de este insumo bajo esa modalidad, el resto de la microrregión se ve

ahora privado del acceso a tal insumo que antes era un bien común y al alcance de todos.

Esto es, se da un proceso de exclusivización del aprovechamiento en una sola línea, y al mismo tiempo se da otro proceso de exclusión drástica del resto de usufructuantes, sin importar el derecho real y/o consuetudinario que hasta ese momento hubieren tenido todos. Esto introduce un rasgo de violenta polarización al interior de las microregiones, polarización que a su vez quedará como germen latente de conflictos futuros intrarregionales. Esto nos plantea el hecho de que la globalización introduce a las realidades regionales una doble vertiente, una 'positiva' y otra 'negativa', que conviene analizar enseguida.

Si seguimos la vertiente de los impactos dinamizadores que llamamos provisionalmente positivos, lo que se percibirá es un panorama de singulares facilidades que se le presentan a la microrregión para insertarse en vigorosas corrientes mundiales donde la microrregión aparecerá como un actor con un papel perfectamente definido y con un rol a jugar que será una fuente de retroalimentación para su propio dinamismo. Por así decir, esta región de repente se subió al tren de la modernidad del mundo y en él viajará hacia un destino nuevo; desde este punto de vista se podría argüir que en el mundo de la globalización esas microrregiones 'privilegiadas' tendrán un futuro aún más promisorio que la misma nación de que forman parte.

Si seguimos la otra vertiente, la de los que por no recibir el impacto dinamizador se quedan con más escasas posibilidades de las que inclusive antes tenían, lo que se percibe es otro grupo de microrregiones que se debatirán en los umbrales difíciles de la sobrevivencia. Estas microrregiones, sumadas a los sectores que por la polarización intrarregional excluyente resultan ser verdaderos *damnificados* de la globalización, serán quienes formen el contingente realmente numeroso hacia el cual el nivel de lo nacional tendrá que orientar sus preocupaciones sociales inmediatas —lo cual en el contexto de la globalización neoliberal no puede ser gustosamente favorecido— y de alguna manera tendrá que tomarlas en sus manos como la porción mayor de la realidad nacional que se encuentra debatiéndose en los límites de la existencia humana.

¿Integración o desintegración nacional?

Por consiguiente, si pasamos ahora a la consideración de la pregunta eje sobre integración o desintegración nacional, se preve ya que desde la perspectiva contemporánea se percibe una tendencia que podrá propiciar, entre otras, alguna(s) de las líneas siguientes:

1. Introducir fuerzas desintegradoras no sólo al interior de la microrregión sino sobre todo al interior mismo de lo nacional;
2. la emergencia de actores microrregionales que tenderán a ocupar posiciones clave no únicamente en la microrregión sino también en lo nacional, con lo cual procurarán subordinar lo nacional a la dinámica de las microrregiones favorecidas; o bien, lo más importante y trascendente pero no de corto plazo;
3. se impone la necesidad urgente y la ingente tarea nacional de impartir de manera eficaz una educación valorativa distinta para los ciudadanos, de manera que lo nacional no sea visto únicamente como el bien común al que todos estamos contribuyendo —con su ineludible corolario de que si contribuyes poco, o nada, tendrás "derecho" a poco o nada—, sino ante todo como el bien común del que todos dependemos.

Esto último, que a primera vista pudiera parecer irrealizable, no lo será si se tiene en cuenta otro hecho innegable: que para cualquier microrregión del mundo —pero más aún para las de los países menos desarrollados— su viaje en el tren de la globalización en realidad puede terminar en cualquier momento, cuando quienes llevan el control del tren decidan que así sea, lo cual no necesariamente habrá de ser hasta el final del camino. Más aún, lo previsible es que los que ejerzan ese control sobre quiénes podrán subir y quiénes podrán bajar, encontrarán así una manera de 'desaburrirse' en el camino, y ante todo de *evitar* potenciales 'motines a bordo', precisamente por el hecho de estar haciendo que bajen y suban constantemente diferentes viajeros.

Por lo cual, la tarea de educar a los ciudadanos en la visión de lo nacional como el *bien común* del que todos dependemos aunque no en todo momento podamos estar contribuyendo a él, se impone como una necesidad realista de protección y supervivencia para todos. No hay que ignorar, después de todo, el modo tajante y

discriminatorio como comúnmente ven a las naciones pobres —no sólo a sus ciudadanos pobres— las naciones ricas. Lester Thurow, un vocero influyente y ponderado de éstas últimas —por ilustrar sólo con un ejemplo— se expresa así: “Desde el punto de vista económico, América Latina no agrega nada importante a América del Norte. Asimismo, nadie conoce el modo de incorporar a un país pobre a un mercado común de países ricos.”¹

Esto nos trae a una nueva disyuntiva: en la medida en que la nación sea capaz de recoger las marginalidades innumerables que la globalización genera y de reorganizarlas en torno a la unidad nacional, en esa medida la *nueva cuestión regional* contribuirá a la integración nacional, si no, a lo que irremisiblemente contribuirá será a la desintegración nacional como algo ahora previsible —y trágico para los menos fuertes del mundo.

Desde esta perspectiva, se ve que lo nuevo que el fenómeno de la globalización aporta a la cuestión regional es no sólo una gran renovación de su vigencia, sino que también muestra:

- A. Que la cuestión regional contemporánea a su vez introduce un nuevo y fundamental rol para la nación —y para su actor primordial que es el Estado—: salvaguardar la integración nacional de base² (a) evitando la explosión de la nación que se produciría por el desequilibrio desmedido de sus regiones, y (b) educando a la sociedad en una visión actualizada sobre el bien común; en otras palabras, la cuestión regional pone a la nación ante el reto de ser ella quien supere en la historia lo negativo de la problemática que trajo consigo la globalización neoliberal, y
- B. que desde muchos puntos de vista, el siglo XXI no traerá una edad de oro para las regiones sino, sobre todo, una dura edad de hierro en donde las regiones emergerán con gran fuerza, pero no para

1 Thurow, Lester. *La guerra del siglo XXI. La batalla económica que se avecina entre Japón, Europa y Estados Unidos*, Buenos Aires, Ediciones Vergara, 1992, p. 100.

2 Más aún, no obstante que lo hasta ahora expuesto muestra que nuestra posición está lejos de coincidir con la del Ministro de Trabajo de W. Clinton, Robert Reich, sin embargo, acerca de este aspecto existe un punto en el cual su llamada de alerta es digna de tomarse en cuenta: “La principal misión política de una nación consistirá en manejarse con las fuerzas centrífugas de la economía mundial que romperán las ataduras que mantienen unidos a los ciudadanos”. Reich, Robert. *The work of nations*, New York, Vintage Books, 1992, p. 12.

disfrutar la brillantez del oro sino para rescatar —a *hierro vivo*— posiciones fundamentales de la vida del hombre sobre la tierra.